

RECORDS

CLASICOS

Concierto en Re Mayor para violín y orquesta, de Brahms, por Zino Francescatti y la Orquesta Filarmónica de Nueva York que dirige Leonard Bernstein (CBS).

La Bohème, de Puccini, por Victoria de los Angeles, Jussi Björling y la orquesta de la RCA Victor dirigida por Sir Thomas Beecham (Angel).

Serenatas números 11 y 12 para instrumentos de vientos, de Mozart, por el Grupo Filarmónico de Vientos de Viena (Westminster).

JAZZ

Bags & Trane, por Milt Jackson y John Coltrane (Atlantic).

Gipsy, por The Blue Strings (Trova).

Sketches of Spain, por Miles Davis (CBS).

MISCELANEA

Samba Saravah, de la banda de sonidos de la película "Un hombre y una mujer", por Pierre Barouh y la orquesta de Baden Powell (CBS).

Revolver, por The Beatles (Odeón).

La fascinación que cautiva, por Nancy Sinatra (Music-Hall).

• Casas consultadas: Centro Cultural del Disco, Club Internacional del Disco, Floryland, Música en el Aire, Night and Day, Ricordi, Romero & Fernández y Selecciones Danny. ♦

Discos

El más grande

El arte de Dietrich Fischer-Dieskau (D.G.G. 39108 SLPM Stereo).

No tenía aún 30 años de edad el joven barítono, cuando la dirección de los empujados Festivales de Bayreuth lo invitó a participar en una reedición de *Tannhäuser*, de Wagner. Las aclamaciones que saludaron su personificación del bondadoso Wolfram von Eschenbach sobrepasaron la cuota de los pronósticos más optimistas. Un año después, en 1955, Dietrich Fischer-Dieskau volvía a conmovir las columnas del templo wagneriano, cuando su poderosa voz arrebuja los parlamentos de Amfortas, en *Parsifal*.

"Es asombroso: estamos ante un secreto del artista. En qué escaso tiempo ha conseguido trabajar su importante repertorio", escribió entonces un crítico germano. Porque Fischer-Dieskau, el barítono más cotizado del mundo en la actualidad, es algo así como un milagro cotidiano: puede cantar, en idénticas condiciones de calidad, seguridad y compenetración estilística, los personajes líricos más opuestos. El Valentín de *Fausto*, el Conde de Almaviva en *Las bodas de Figaro*, los protagonistas de *Matías el pintor* y *Wozzeck*, de Alban Berg; el Papageno de *La flauta mágica*, o el *Don Giovanni*, de Mozart, son para él

otras tantas ocasiones de ejercitarse en un juego prodigioso, que se parece a la felicidad (o que, directamente, lo es). Pero su ductilidad no se detiene en las candilejas de las salas de ópera, sino que se desliza, con la misma perfección, hacia las esferas del oratorio sacro y el *lied* de cámara. Articulación afilada, dicción impecable, dominio de varios idiomas, todo contribuye a hacer de él un fenómeno tan mitológico como los monstruos sagrados de otrora.

Es como cantante de *lieder* que este disco lo impone ahora a la admiración: son diecisiete canciones de Schubert, Schumann, Brahms y Hugo Wolf, que el barítono —acompañado por el piano de Jorg Demus— traduce con aquel fuego poético que es privilegio de pocos elegidos. La placa es la viva corroboración de lo que el crítico Werner Oehlmann dice de Fischer-Dieskau (quien es también actor, *régisseur*, poeta y pintor): "Expresa con rara calidad, con arrebatadora inten-



Fischer-Dieskau: Lo prodigioso.

sidad, por la melodía a la palabra, por la palabra a la vivencia lírica: es un recitador de noble y sonoro lenguaje, que nos maravilla narrándonos la comedia humana". ♦

Canciones para recordar

VARIACIONES PARA FLAUTA Y PIANO OP. 107, de Beethoven (Counterpoint / Esoteric CE-553 monoaural).

Desde muy joven, George Thomson comprendió que su vida estaría dedicada íntegramente a la música. Sucesivos fracasos en el aprendizaje del piano, el violín y la viola no lograron aplacar su entusiasmo, pero sí encastrarlo hacia terreno más firme: sustentado en la natural inclinación que los hijos de Escocia tienen por las cosas prácticas, se dedicó con gran éxito a explotar el talento musical ajeno. En las postrimerías del siglo XVIII ya era el editor de partituras más importante de Inglaterra. Pagaba bien, y en sus colecciones resplandecían apellidos tan ilustres como los de Pleyel, Haydn y Beethoven. Este último llegó a componer 140 canciones para Thomson, po-

niendo música a poemas de Byron, Walter Scott, Burns y Campbell.

Entre 1818 y 1820, el propio Beethoven seleccionó diez de estas canciones, y escribió, con los mismos temas, otras tantas variaciones para flauta y piano. El elevado número de Opus (107) revela que fueron publicadas inmediatamente después de la legendaria *Sonata para piano N° 29*, conocida como *Hammerklavier*, cuando el compositor se encontraba en la cima de su madurez creadora. Las variaciones —tomadas de aires escoceses, rusos y tiroleses— no pretenden ser más que obras de circunstancias, pero la belleza de algunas de ellas (1, 2, 6 y 9) demuestra la injusticia del olvido a que fueron condenadas. La reparación cobra vida, ahora, en esta primera versión grabada por el flautista Wallace Mann, solista de la Sinfónica Nacional de Washington, secundado en piano por Richard Dirksen. Ambos deslumbran por su depurada técnica y un adecuado criterio estilístico. ♦

Una muerte elegante

De *Profundis*, por Michel-Richard de Lalande (Club Internacional del Disco 7057).

Casi 300 años dormitan sobre las partituras del "Superintendente de la Capilla y Maestro de Música y compositor habitual de la Capilla y de la Cámara de su Majestad". Tan sólo en 1942, el *De Profundis* que Michel Richard de Lalande compuso en 1689 fue estrenado en la Iglesia de Saint Etienne-du-Mont. Escrito para 5 voces solistas, un coro dividido en 5 grupos, un conjunto instrumental de 5 cuerdas, órgano, flauta y oboe, transita el texto del Salmo 130 con lúgubre elegancia, como correspondía a la época de su amigo y soberano Luis XIV. La música sacra de Lalande —revelan los estudios recientes— preanuncia al barroco de Bach y, si bien no excluye contactos con la polifonía italiana, condensa una ponderable cuota de originalidad que lo ubica en la cresta de los creadores franceses, junto a Rameau y Couperin.

El estilo eclesiástico "tan henchido de majestad y tan grave y austero, que es capaz de inspirar devoción y elevar el alma hasta Dios", como lo define Noël de Brossard en su clásico *Dictionnaire*, soslaya en la obra de Lalande este riguroso compromiso, ya que su música sacra "era muy apropiada para el acompañamiento del ritual religioso de la corte de Versalles".

No es de extrañar, entonces, que las gracias sonoras del Superintendente pudieran transitar, sin esfuerzo, de los tiempos del Rey Sol a los de su biznieto y sucesor, Luis XV, bajo cuyo centro siguió ejerciendo sus esplendurosos cargos, hasta que murió en Versalles, en 1726. Por estas razones estilísticas y cronológicas, se ubica a Lalande en compañía de los grandes maestros del rococó francés, a los que de algún modo profetizó.

Un conjunto encabezado por el óptimo contratenor inglés Alfred Deller, que también dirige la orquesta de la Ópera del Estado de Viena y *concerta* la obra, rescata esta joya del barroco francés en una versión que mucho tiene de documento histórico. ♦